

POETA EN LA VENTANA

2007

PASOS EN FALSO

POÉTICA

Para ser poeta
hay que adivinar en el espacio indiferente,
en los jeroglíficos del aire,
en la pregunta arrodillada ante el enigma
o en la flébil respiración del ave fénix,
las vísperas de un portentoso.
Hay que tener miradas
que, hablándole al oído,
secreteándose con la pluma,
descubren toda una joyería de imágenes
en las fauces del lagarto que bosteza,
en la niña que, al desnudarse, cambia corpiños por palomas
o en la avara luciérnaga que lleva
pedacitos de sol a su escondite.

Para ser poeta
se requiere capturar el instante exacto
en que el suicida busca, con su puñal, a media carne
un pequeño resquicio al más allá
para encontrar tan sólo
la hemorragia de su tiempo
en otra de las barriadas del aquende.

Para ser poeta
hay que asistir puntualmente al momento
en que, sin el menor quejido,
la flor comienza a marchitarse,
a desdecir belleza,
a encontrar en el suelo
la forma polvorienta del descanso.

Para ser poeta
hay que fijar la mirada,
pisándole los talones al infinito,
en la alta tensión del firmamento
que electrocuta pretenciosas oscuridades
nacidas del forcejeo de la tarde con la noche;
promover un movimiento de rebeldía
para que se adueñen del micrófono

las preguntas que, queriendo salir, chocan con la frente.
Hay que tener una colección de secretos,
risas, muertes,
llaves abandonadas
y relojes descompuestos, mudos de tiempo,
que, sin desgranar como antes
rosarios de segundos,
midan la eternidad...

Para ser poeta
hay que llevar a la espalda
el cadáver agusanado del amor de nuestra vida,
despellejar de las cosas
el hallazgo poético destinado
a tatuar la memoria,
hincar espuelas en las palabras
y correr hacia el horizonte
al trote o al galope de la métrica
izando el estandarte de su musa.
Hacer poemas para no suicidarse.
Y traer entre dientes la tonada
del último suspiro.

EDAD

El hombre que peina canas
y trata de acomodarse entre sus huesos envejecidos
y sus nervios deshilachados,
el que siente su ancianidad hasta en la lengua,
el que pergeña (con mano temblorosa
y una pluma cargada más de olvidos
que de tinta)
vocablos titubeantes, ilegibles,
que tiritan de tiempo;
el que pone a sus intimidades
-atraídas por el canto de sirena
del aplauso-
a desnudarse en público;
el que riega en el papel
garrapatos,
nostalgias,
escorpiones
sacados de su pecho;
es un poeta encorvado por la ley de gravedad,
un Atlas que carga su derrota:
el cielo agusanado de sus sueños;
es un bardo que mira sus pretéritos arrojados
amarrados en la piel
con cordeles de arrugas,
y escribe sus poemas
-la inspiración ya ciega y arrumbada
en el último rincón del inconsciente -
al reverso de las hojas
del calendario.

FRACASO

El poeta, con su frente de cielo despejado
y ademanes de Dios en ambas manos,
arrojó sus redes
al mar que tenía a sus pies
(donde se dividían el júbilo
una galaxia de peces
y una bandada de estrellas);
mas de pronto en sus dedos estalló
no sé qué corto circuito,
las alas de su pluma
sufrieron no sé qué avería,
y el trozo de cielo
que deseaba pescar,
y traducírselo a Dios
en gloriosas estrofas,
quedó reducido a una estrella de mar
opaca, enlamada, húmeda,
chorreante de insignificancia
y dedicada a lanzar
las blasfemias habituales
que dirige toda parte
contra su todo.

DECESO

Aquel viejo poema,
enfermo,
asténico,
con los pulmones atestados
del smog literario
que pastorea la moda,
tras de ser releído
se le cae de las manos al poeta
en un estrepitoso
desmoronamiento
de su vieja aspiración de altura.

Nada más doloroso que sostener,
entre el pulgar y el índice,
el acta de defunción
de la ilusión antigua.
Nada más doloroso que perder a un hijo,
o que un golpe de viento
disperse por la atmósfera
nuestra herencia de células y genes.

Entonces hasta la pretensión de eternidad del epitafio
mueve a risa.
Las cenizas del poema malogrado
son esparcidas por el poeta
-los ojos anegados de blasfemias-
a lo largo y lo ancho de la nada.

AL MENOS UNO

También los poemas
habrán de subir a la carreta de la muerte
para ser arrojados
al estercolero del silencio.
También ellos.

Sólo algunos,
que caben cómodamente en la palabra pocos,
se han sabido proteger
con un escudo, insobornable, de lectores,
contra la guadaña y su cosecha
de pulsos congelados.

Ojalá que al menos uno de los míos
-donde algo de mi ser
se agarre con las uñas y los dientes
a la vida-
sea beneficiario de algún olvido
de los que, muerte, sufres
de tan anciana a veces.

Ojalá que al menos uno
obtenga el primer lugar en los juegos florales
de la supervivencia,
saboree glotonamente
la dulce confitura de lo eterno
y cuente en su patrimonio
con una de las colecciones de miradas
más ricas de la historia.

Ojalá que a mi poema
nunca se le borren los vocablos
que lo forman –como fantasmas
disipados por un golpe de incredulidad-,
que nunca se le entierre
bajo la página en blanco,
que jamás desaparezca en el amarillento
juego de manos de lo antiguo
y que, por los siglos de los siglos,
se dedique a la pesca

de los huecos de eternidad
que arrastra en su corriente el tiempo.

Pero ¿qué pretensión es ésta?
¿Qué droga revoluciona mis entrañas
y venda los ojos al principio de realidad
que me rompe los párpados?
¿Soy el único habitante,
el energúmeno,
el Robinson
de un paraíso artificial,
sin puertas ni ventanas?

¿Cómo puedo creer que uno de mis poemas
se libere del tiempo
y se haga militante de la palabra siempre,
si los lectores
-su pedestal erguido a la mitad
de fuetazos de tiempo-
tienen las horas contadas,
pulmones con más rienda que camino,
un sepulcro futuro con los brazos abiertos
y hasta un epitafio que a su final
habrá de agusanarse?

REFLEXIÓN

La brisa -los cabellos en desorden-
llevaba y traía mensajes de frescura
hacia los cuatro rumbos del espacio
que cargan las sandalias en su punta.
Dos o tres charcos comentaban la vanidad
de un firmamento
que en lugar de mostrar su desnudez
velada únicamente con brochazos de espuma,
se dedicaba a probarse durante horas
las más caprichosas vestimentas.

La fragancia del bosque subió al elevador
y pidió bajarse
en el último piso:
ahí donde la tinta del poeta,
con su discreto oleaje,
lo obligaba a inventar e inventar
distintas carabelas.

El poeta seguía en la ventana,
como todos los días, su crónica sin fin
de las metamorfosis de las nubes
y la ausencia persistente,
escandalosa,
del ángel más humilde.

Las hojas de papel dejaron toda reticencia.
Pentagramas invisibles,
como fondos de mar arrepentidos,
brotaron de su entraña.
La pluma –la armoniosa reliquia
de algún pájaro –
intentó escaparse de su jaula
cantando a plena voz su independencia.

Mas, a pesar de que las manos de la bienvenida
fungieron de comadrona,
el poema nació asfixiado,
sin una pizca de mundo en las fosas nasales.

Oh afán de cosas nuevas,
que quiere a la sorpresa de lectora,
tu eterna dictadura
coloca la corcova del designio
sobre todas las frases,
congela los suspiros que emergen de los labios
y las manos del poeta,
pisotea las flores campesinas
que se esconden en los huecos de su escrito,
corta el aliento a sus palabras clave,
y pre anuncia en su mano el ademán
del feroz arrugamiento
que le espera al papel en el que tiembla
su poema privado de sentido.

ARCON DE TESOROS

A UN LECTOR

No sé si sabes
que la belleza de un poema
-la invisible humareda que atrae
suspiros, nudos en la garganta,
alaridos en sordina-
no existe fuera e independientemente
de él.

No hay un "cierto lugar del cielo"
donde la belleza se halle en los andenes
de la encarnación,
en que las flores tengan prohibido marchitarse
y aspirar el oxígeno negro de la muerte,
en que Heráclito opte por el silencio
o en que las palabras nunca y siempre
estén como pez en el agua.

Escucha. La belleza es el producto
de un poema altamente organizado,
con vocablos que hincan sus raíces
en la página sin roturar
y arrojan sus flores y sus frutos
en tu mente.

Si te fijas bien,
entre la cabeza y los pies del poema,
entre la estratégica bienvenida del principio
y el final sorprendente que rubrican
tus lágrimas lectoras,
se halla, palpitando, el corazón del texto
en algún escondrijo del papel.
De esa noble y fatigada víscera borbota
la sangre que corre
por las letras, las imágenes, los versos
y los escondrijos de tesoros
que se hallan entre líneas.

No platiques, lector,

de lo que dice el poema.

No digas: "son expresiones tan insignificantes
como el ápice oscuro que,
al olvi dar su hormiguero,
se halla desorientado a la mitad del cosmos".

Pero tampoco: "son versos que rompen
el equilibrio del universo".

Por favor no te atrevas a decir:

"son expresiones redactadas en forma de riachuelo
para que Narciso se contemple",
"peñascos que llevan en el cuello
la ley de gravedad",
"retahíla de pájaros furiosos
que van tras el destino".

No describas.

No pretendas sacar algo en claro.
Aleja tus uñas voluptuosas
de la carne inmarcesible.

Mejor apréndetelo de memoria.

Hazlo tuyo.

Dilo en voz alta cuando empiece
a resquebrajarse el mundo.

Que forme parte de la galería de milagros
de tu entraña.

Comulga con él.

Paladea a cada instante su portento.

Recítalo, recítalo,

y al hacerlo, vislumbra

que te hallas recitándote a ti mismo.

AFIRMACIÓN

Un poeta verdaderamente sentimental,
con todos sus poemas subidos al peñasco de la declamación
para aullar a la luna,
con su completa colección de suspiros
robustos,
rebosantes de salud
y un vigoroso depósito de lágrimas
para dejar al incendio sin palabras,
debiera tener al silencio
como confidente,
consejero,
guía,
porque despellejarse los puños,
arañar las paredes hasta sacarles sangre,
morderse los labios al besar las fotografías
de la fantasma,
llorar con impudor bestial a las 11.30 de la noche,
nada tiene que ver con la poesía,
es sólo basura,
estática radiofónica,
ornamentos de utilería,
triumfos incuestionables
de la página en blanco.

ROMÁNTICOS

Los poetas románticos que sobreviven
usan cuatro instrumentos:
un frasco de tinta
una pluma
una hoja de papel
y un pañuelo.

El uso del pañuelo es así:
lloran constantemente sobre él
(como desconsolada nube),
lo exprimen
hasta hacer un charco,
el cual meten en un pequeño frasco transparente,
luego mojan la pluma en el frasco de tinta
y se lanzan a su faena:
envolver lugares comunes
con papel celofán
o esperar que el plenilunio
se coloque en forma de corazón
a la mitad del cielo.

Sacan multitud de adjetivos
a pastar en la página.
Echan mano de la onomatopeya
para que sus gemidos
puedan escucharse.
Son patéticos.
Escriben con muchas admiraciones
como si quisieran ponerles centinelas
a su cursilería
Dan lástima.
Pero cómo los envidio
cuando siento en mi pecho, palpitando,
la inmarcesible huella que dejó
cierto episodio,
y mis palabras se hallan arrumbadas
en el último rincón de un silencio
inteligente, superior
y frío.

POETA ENAMORADO

El poeta enamorado,
derretido a los pies de su musa,
recibe todas las tormentas
con los brazos abiertos,
siente que hay un incendio en sus neuronas
y que el nombre de la amada,
escondido entre sus huesos,
salta a recorrer sus venas
y refugiarse en los ventrículos
de su emoción latente;
escucha los golpes del cautivo
en las paredes de su tórax,
y adivina su empeño:
subir a la copa de un árbol
para convertirse en el agente de tránsito
de los aires enemigos.
No puede más.
Se le hacen polvo los dedos
cada vez que pretende escribir
lo que le pasa.
Siente tanta amargura,
el dolor se le convierte
en uno de sus órganos internos
y no hay una sola metáfora fugaz
que, benévola, atraviese el espacio.
Dedica toda una tarde y parte de la noche
a armar el fuego artificial de esa blasfemia
que al chocar contra el cielo
se deshace en basura luminosa.

PALABRAS INSURRECTAS

El poeta sufre a veces
la insurrección de las palabras,
el encono de la sintaxis
y la desobediencia del sentido.
Una ráfaga de vocablos desfigura su cara.
Corre a ocultarse. No le bastan las manos
para protegerse.
Toma del guardarropa algunos de sus seudónimos
y sale a la calle.

Nuevas palabras lo aguardan,
lo descubren tras la máscara
haciendo muecas
como titiritero de sus facciones.
Lo espían,
le miden la intención milímetro a milímetro;
unas se le arrojan al pecho,
otras se le adhieren al vello de las piernas
y resbalan por sus rodillas;
no pocas le muerden la mano derecha
hasta inutilizarla,
dejando que respire, tranquila,
la página en blanco.

¡Qué torbellino de palabras!
¡Cómo embadurnan de letras el entorno!
GiRANDo, pierden algunas sílabas,
como si fueran dientes:
pero van a parar al disco rayado
de algún loro
o al famélico poeta
que busca inútilmente en el diccionario
el vocablo que dé nombre
a la ambigua vivencia que lo embarga.
Ya pulgas amaestradas, se meten
como sanguijuelas entregadas a la fiebre minera
del tesoro escarlata.

El poeta empieza a rugir.
Todas sus uñas crecen imperceptiblemente.

Él, desencajado, cita a las palabras insurrectas
en cualquier estado de ánimo bestial.
Se baten a dentelladas.
La indecisión se lleva el triunfo.

El buitre de la muerte
aletea su amago.
El ruido, devorando los matices,
se hace estruendo.
Una nota asesina perfora los oídos...

Mas, al fin, por fortuna,
cuando llegan las frases conjuradas
al final del poema
(cabalgando en sus gritos),
el crematorio del punto final,
las convierte de golpe
en el polvo invisible del silencio.

PEQUEÑO ASEDIO A LA IMAGINACIÓN

La hechura del mundo,
el acto de prestidigitación
que extrae del corazón de la nada
lo que existe,
está vedada a cualquier criatura
o dios posibles.

La materia, allá en las intimidades de su ser,
no puede ser extinguida,
anulada,
pulverizada hasta el no ser.

La materia es el telón de fondo,
el bajo continuo,
el escenario sempiterno
de nuestras andanzas.
Las mesas, las sillas,
los roperos
no los hace Dios
sino el amoroso acto que unifica al carpintero
con un árbol que no supo defenderse
del afilado viento de un hachazo.
Los barcos, las novelas policíacas,
las murallas chinas
o las pantuflas insomnes,
no forman parte del repertorio,
el curriculum,
las galerías de cosas
que dicen poseer las deidades.
No son más que estados de ánimo de los hombres,
fantasías,
juguetes,
cuentos de no acabar
contados por relojes desquiciados.
La única deidad que hay en el mundo
se halla en las manos del poeta.
Ellas le enmiendan la plana a lo que existe.
Corrigen el curso de los ríos,
cambian las cosas de su sitio,
vuelan el papalote de un milagro...

POETA Y CAMPESINO

La semilla es una promesa,
un ahora preñado,
un "espérate un poco,
no comas ansias: ya vendrá
el día en que se despliegue y haga mundo
esa pizca apretada de futuro".

El campesino la toma en la palma de su mano,
la manosea,
la recorre de lado a lado
(como quien escudriña el mecanismo de un portento),
la arroja al surco,
a la gleba que se mueve con redondeces de madre,
le construye un útero de polvo,
y valiéndose de la sólida
argumentación del agua
convence a la tierra hacerse lodo.
La semilla corre a germinar
a gritarse espiga,
a decir su nombre cuando el sol
hace añicos la tela de azabache.

El poeta sabe que las palabras
montan guardia sobre las cosas.
Que cada vocablo huele a diferente
terron de tierra.

Decir: "la palabra es una simiente"
no es una metáfora,
sino el lastre de realidad de todo globo.
El poeta agarra con la mano una palabra
como mosca al vuelo.
La guarda en la bolsa de su blusa.
La paladea.
La arroja a la página en blanco,
la riega de miradas
y se hinca de rodillas a la espera
de que la inspiración rinda sus frutos.
Bajo un cielo tachonado de luces

y bajo los auspicios
de una turbamulta de ángeles
que, alocadamente,
se transforman en viento,
el campesino ve
el poema dorado de su espiga
y el poeta
la espiga musical de su poema,
y se saben hermanados,
por el *hágase la luz* humilde
que brota de la punta de sus dedos.

HUMILDE RECONOCIMIENTO A LOS DEMIURGOS

Al inicio de todo,
cuando Dios estaba creando febrilmente
sus Obras Completas:
armadillos, orugas, tulipanes,
tumores cancerosos, temblores de tierra,
hoyos negros, dedos meñiques
y tantas criaturas que no podrían entrar
en el Arca de Noé del más amplio
de los poemas,
algo le resultó mal:
las rosas, los crepúsculos y los acantilados.

Las rosas nacieron desteñidas,
en veces hechas jirones,
y sin otro atractivo
que el aroma edulcorado
de lo cursi.
Los crepúsculos tenían como maestra
a la monotonía
y nunca oyeron hablar
de las palabras novedad,
renovación
sorpresa,
por lo que día tras día,
durante varias eternidades,
se plagiaban a sí mismos
como un actor que se resiste
-y convierte en raíz su resistencia-
a dejar el escenario.
El error que acompañó a la creación de los acantilados
fue haberlos hecho juntito al mar,
lo que impedía verlos seguros,
serenos, impasibles,
porque si por un momento así se hallaban,
un instante después
estaban chorreando agua,
plagados de espuma
y despeinados.

Dios envió a varios poetas
a corregir los defectos, averías,

malos acabados de sus hechuras.
Unos se pusieron a remendar las rosas,
a perfeccionar sus formas y colores,
para dar carta abierta
a miradas deprimidas y metáforas audaces.

Otros se encargaron de los crepúsculos,
cambiaron el ritmo de aparición
del allegro al lentísimo,
combinaron atrevidamente los brochazos de pintura,
enloquecieron el espectro,
dejaron al caleidoscopio
rumiando su envidia
y hablando de gansos en el país de los cisnes.
Unos más corrieron a los acantilados:
les restaron mar y les añadieron tierra
y lograron, así,
que a cada embate de las olas
el peñasco se irguiese
como un hombre que una vez y otra
y otra triunfa sobre el destino
como florece un puño
a mitad del sojuzgamiento.

Dios contempló su obra:
le pareció aceptable.
Los poetas eran sus correctores de estilo,
su fe de erratas,
los restauradores de sus viejas pinturas
hoy deterioradas
o la gracia divina que a veces
se le escondía entre los dedos.
Eran todo eso
¿o acaso más?
¿No serían sus usurpadores,
sus deicidas?
¿El infinito número de inspiradas pruebas
de su inexistencia?

POETA EN LA VENTANA

Puedes verlo todo.
El único punto ciego es el ojo que ve.
La atención no tiene cortinajes.
La intuición del poeta sabe dar
con lo escrito entre líneas
en el mundo.
Percibes que
los trabajos de lo invisible por ocultarse,
la niña a quien le roban los ojos,
las nubes triscando los pastizales azules,
son un regalo del cielo
o un prodigioso olvido
de la fatalidad.
Lo percibes,
lo anotas en alguno de los meridianos
del poema.
Puedes verlo todo
el infinito se inicia
donde terminan tus pestañas-:
lo mismo aquello que finge eternidad,
quietud, remanso
-como el río que desdicese en el hielo-
o lo que, impúdicamente, baila en pareja
con las corrientes de aire
como el árbol de humo
que desteje la fogata
del trozo de madera -
todo lo puedes ver.
Menos tu ver.
El ojo el ojo.
La pupila es tu confín,
lazarillo de tu ceguera.
No puedes, ay, mirar las espaldas
de tu mirada.

LA MUSA Y LOS FETICHES

HOMICIDIO

El enemigo del poeta
ahorcó a la musa
con un collar de silencio
alrededor de la garganta
que fue apretando,
y la enterró en el jardín de la fosa común
de los olvidos.

Después se supo
que todas las flores se marchitaron en señal de protesta;
que el sol dejó caer rayos sin vida,
desmazelados,
cuidadosos de engendrar discretas sensaciones de frío
en sus caricias cotidianas;
que el viento empezó a correr
de modo tan enloquecido y arbitrario
que el cosmos perdió el cielo y otros andurriales
en su contienda con el caos;
que el mar pidió a gritos
una remesa de endecasílabos
para serenarse;
que el colibrí cruzó por un claro del aire,
a todo motor,
sin dejar el menor rastro
de su vibrátil inconstancia;
que las páginas emborronadas de un cuaderno
tuvieron severos infartos
de blancura,
en fin, que la lira corrió a buscar su lugar
en una exposición de objetos,
artefactos,
juguetes melancólicos
de uso desconocido.

FETICHE

Después del homicidio,
el poeta se puso a medir los estragos
de su orfandad.
Sintió que algo o alguien le arrebataba de las manos
la brújula,
su caja de música de los astros,
su guía turística,
su sabueso sentido de orientación,
para viajar al parnaso;
advirtió que no había nada en común
-¡ni el ladrillo de un puente!-
con las grandes figuras,
desdeñosas,
hieráticas e inmóviles
de la Arcadia.

Un nuevo tipo de soledad,
después de vomitar trozos de lengua,
le hizo salir a sus ojos, a su respiración,
a sus invocaciones, decidido
a sustituir a su camena,
hoy inánime,
por algún fetiche custodio,
benefactor,
amigo de la voz en cuello,
instigador de la saliva,
promotor de un aliento
que cuente entre sus posesiones:
dos labios,
un magnavoz,
un público cautivo
y cuatro puntos cardinales.

SAGRADO

Se puso a imitar entonces a aquellos individuos
que se hincan de rodillas ante el altar
-como lo hace la pequeñez,
enfebrecida de insignificancia,
ante lo inconmensurable.

Eran vates religiosos,
portalaras que imaginaban tener la antorcha de la contraseña
para acceder al Arcano.
Pero nada tenían que ver con San Ambrosio o San Gregorio
que, con coros mixtos de gorriónes,
llevaban serenatas a los balcones del Señor,
y tampoco con Teresa de Ávila,
San Juan de la Cruz o Fray Luís de León,
que escribían sus deprecaciones
en endecasílabos, al itálico modo,
y lograban santificar su retórica
en el santuario del arte.

Sus versos, su preces rimadas,
-más letanías de búho que juegos de artificio de jilguero-
secuestraban a Dios, lo moldeaban,
le recortaban las orillas a su conveniencia
y lo volvían percha común donde colgaban
sus supersticiones.

El poeta dejó de imitarlos
cuando advirtió que sus nuevos poemas
(que producía después, y sólo después,
de persignarse)
empezaron a perder voces, vocablos, letras,
absorbidos por el tonel sin fondo, o barril de precipicios,
que hay a veces en la hoja de papel,
hasta ser finalmente, sobre ella,
un efluvio de incienso maloliente
o un órgano que acalla, a manotazos,
el medroso fluir de la poesía,
como la orquesta arrogante

que condena al solista a un virtuosismo
tan sólo de silencios.

POLÍTICA

Uno

El poeta creyó encontrar su nueva inspiración
 en una poesía comprometida, encabronada, puesta a convivir
 con los parias y menesterosos.
 Confundió la poesía con el aullido
 que brota como géiser de la mina,
 y, tras de forjar en su mano derecha,
 la escultura apretada de la lucha
 y el corazón indómito del canto,
 creyó que la rabi a y la denuncia,
 escritas con mayúsculas,
 inauguraban nuevos géneros
 literarios.

Mas después, al mirar que los panfletos,
 pese al batir impetuoso de sus alas,
 dejan el cielo en su lugar,
 distante, extranjero,
 buscando inútilmente sus fronteras,
 guardó silencio.

Lo hizo por pocas horas,
 ya que el poeta, el verdadero y grande,
 no puede permanecer callado
 -la inspiración en las nubes-
 ante la gritería de los puños en alto,
 ante una ciudad que arrastra,
 como Herodes, su fardo de pequeños difuntos
 por las baldosas,
 ante toses que estallan en el rincón
 de la primera persona,
 ante tanta desolación callejera,
 ante tanto amargor muerto de frío,
 ante un hambre que forma en el estómago
 castillos en el aire,

ante guerras devastadoras
que tienen su epicentro en un imperio
que hace de la masacre un espectáculo
en la pantalla chica, que no huele
ni a pólvora ni a sangre.

Dos

En la mesa del poeta
-que concentra todo el mundo
dado a luz por la ventana-
están los montes,
los riachuelos,
las muñecas rotas,
los lápices sin punta, agonizantes,
cual pececillos sacados del agua,
los pájaros mosca que cruzan por el cielo
como mancha de los ojos,
el dedal de una mujer que se hizo ciega,
una que otra laguna
con sus respectivos círculos concéntricos,
sus sapos que buscan en la escala musical
la nota a la que pertenecen,
sus libélulas que bajan a mojarse los pies.
Están también los rebaños de ovejas y carneros
en guerras fratricidas,
los columpios vacíos en los cuales
el viento se dedica a columpiar
a distintos fragmentos del espacio,
el esbozo impresionista de un tigre en la maleza,
"las florecillas silvestres que siembran los campesinos
para las vacas enamoradas",
las máquinas de coser del siglo XIX,
las ratas pardas del campo
que se paran de puntas para roer el cielo.
Pero también las desigualdades,
que hacen de la crucifixión una epidemia,
los nubarrones de buitres
que acompañan a los gestos imperiales,

las mujeres apresadas en los laberintos
de los ademanes masculinos,
y todas las piezas, todas,
para armar el rompecabezas
de la justicia.

Tres

De todo eso, de todo,
ha de hablar el poeta:
su tema lo tiene a la mano,
a la niña del ojo,
al escaparate del ser que es la ventana,
al lápiz que se introduce en el sacapuntas
para dar con la imaginación.

El poeta ha de cantar entonces.
Sus palabras,
sus gritos
su aullar a entraña abierta,
forjarán el insomnio permanente
de la utopía.

La cuerda de lo social de su lira,
-sin olvidar los manotazos de la inspiración,
sin dejar de lado los lados más oscuros
de la noche-
deberá ser afinada,
puesta en disposición para hacer que una turba multa
de calandrias, jilgueros y zenzontles
reorganice los aires.

FILOSOFÍA

En vez de musa, hay otros
que adoran el fetiche de la filosofía
-la corona de espinas en las sienes
del ansia de saber,
el espejismo de la metafísica
en el desierto de lo natural-
y creen ser grandes poetas
al hablar de conceptos, lógica, paralogismos,
en lugar de magnolias,
pasiones,
golpear de puertas
o la espalda de la mujer amada
yéndose para siempre.

POESÍA Y SEDUCCIÓN

La poesía, desinteresada,
 no acepta estar bajo la sombra
 de ningún dogma vociferante que pretenda
 monopolizar púlpitos,
 enternecer pestañas,
 huracanan suspiros;
 pero menos aún ponerse a desempeñar
 una tercería en amores,
 que dé con la línea más corta
 para ir del recato al consentimiento
 -el cual, aunque cierre la puerta,
 no la cierra con llave-,
 que ponga un reguero de letras tendenciosas
 en diversos lugares del cuerpo femenino
 a entablar pequeños diálogos,
 o que, desactivando resquemores,
 encuentre la manera de convencer
 a quien sufre de severos ataques de pudor
 de la necesidad de arroparse
 con sábanas de tacto.

Hay diversas formas
 de seducir a una mujer
 e incendiar por una de sus orillas inflamables
 su indiferencia.

Una de ellas consiste
 en buscar acomodo debajo de sus dudas,
 ahí donde hay un pequeñísimo taller
 de suspiros clandestinos.

Otra saber escuchar las frases,
 las palabras o jirones de palabras
 que brotan de sus ojos, su sonrisa,
 su manera de subir las escaleras.

Otra decirle cosas como:

"ya introduje un Caballo de Troya en tus escrúpulos
 y a ver qué haces ahora"

o "me encargo de que de hoy en adelante

sientas un insoportable frío en los labios"
o, finalmente, "si quitas mi mano de tu seno
no volveré a hablar nunca conmigo".

Pero la más efectiva, aunque moralmente dudosa,
manera de con mover a una mujer
es escrib irle un poe ma, gar rap ate arlo
con el hilo de tinta que se forma
al desmadejar el laberinto
de las huellas digitales,
lanzarlo al lado oscuro de su corazón,
guiñarle el ojo desde una rima afortunada,
pro mover con tropos seduct ores
la duda en sus escrúpulos,
hacer de cada verso paloma lujuriosa
que, a propulsión de plumas,
vuele hacia el palomar-de-mensajes de la oreja
y le diga a la libido donde se halla
el punto más perfecto del espacio.

HOLOCAUTO DE FETICHES

Llegó el momento de iniciar
un verdadero holocausto
de fetiches.
El auténtico poeta
lucha a brazo partido
hasta dejar sus manos manchadas
de muerte.

Y se queda callado,
montando guardia al pie
de su boca cerrada,
sin que sus entrañas digan,
en el renglón de sus labios,
esta boca es mía.

Nadie lo sentenció, nadie lo dijo,
pero él entrevió
que sólo un silencio provisional,
estratégico
-espacio sin vibraciones, casi inerte-
podía ser el ámbito propicio
para que las partículas eternas de las musas
se reencontraran,
fueran pegadas por alguna sustancia portentosa,
lograran la resurrección
y pudieran al fin armar
el rompecabezas de lo sublime.

PARAÍSO

La musa resurrecta, volando
sobre los valles y campos de la lírica,
fumiga el pandemio de fetiches
con el polvo invisible que su aletear produce,
y la inspiración
-el sueño a la ventana,
el deseo a la intemperie
la pupila al ojo de la cerradura-
permite al poeta
(arrebatao,
casi desmoronándose,
padeciendo temblores de belleza)
vivir a todo espíritu
la más indescriptible y fabulosa
galería de milagros
-piedras, árboles, crepúsculos,
manantiales de agua fresca-
formada por las reliquias
del paraíso perdido.

LAS FLORES DEL DEMIURGO

PRECISIÓN

El poeta ante la ventana
¿no estará más bien frente a un espejo,
un espejo que, como una abuela, derrocha todo el día
en bordar imágenes y entretejerlas
con espectros invisibles que circulan
por la sala?

Un poeta frente al espejo
puede tratar de sumergirse, de la mano de Alicia, en la
superficie acuosa y atrayente.
Puede meter los pies, las piernas y la audacia
en su propio delirio. Puede lanzarse a la busca, con su redada de ojos,
de inéditas dimensiones y nuevos puntos cardinales.
Puede comprar un minifundio
en el País de las Maravillas,
dedicarse a la inspección de la relojería
de los milagros y lanzar hacia el cosmos
la corneta oscilante de su numen.

Mas zambullirse en el espejo
-y salpicar de esbozos de fantasmas
y luciérnagas a los lectores-,
es dejar lo terreno
hablando solo,
en una lejanía que le pisa los talones
a la ausencia definitiva.

Lo que contempla el poeta,
lo que está entre sus hambrientas pupilas
y las diferentes posturas del viento,
es una ventana, no más que una ventana.
No es un muro
y su ejército de párpados blindados.
O una venda de manos en los ojos.
Es no más una ventana.
¿No escuchan lo que están sus cristales
murmurando? ¿No advierten cómo está la transparencia,
con su voz sin igual, recitando, de modo indecriptible,
el poema de lo cierto, lo exterior atestado de poesía?
¿No ven ahí el lugar

donde el pastor-de-miradas del ojo del poeta
las saca a pastar el ser
en los campos infinitos del afuera?

EFÍMEROS Y SOCIALES

Lo verdaderamente efímero
nace y muere en alguno de los incidentes que suceden
al interior de un instante.

Lo efímero le pisa los talones a lo eterno
en el cuento de nunca acabar.

La buena cámara fotográfica
toma cursos intensivos
de eternidad.

Efímero como la flor
la mariposa la nube
y (pese a sus pretensiones)
el beso.

Protagonista: la belleza efímera.
Género: monólogo.
Extensión: tres actos (gusano, oruga, mariposa).
Lugar: un jardín cualquiera.
Época: el presente.
Apuntador: el tiempo.

El airón arrancó del árbol
hojas, pájaros
poemas...

En el orgasmo
la eternidad irrumpe en escena
sólo por un segundo.

Lo efímero se enciende
en el tronar de dedos.

Se tapó la tubería
y por la llave sólo gotean
imágenes, rimas, palabras,
menudencias de Musa.

En el castillo de lo eterno,
la basura de lo efímero

Al golpe de pudor,
la luna –bajo el corpiño de la joven –
transitó, al tronar de lo efímero,
del cuarto creciente en el que andaba
a su cuarto menguante...
El poeta, urgido por las yemas de los dedos,
violó los actos del decoro
y acabó por levantar la luna llena
en la palma de su mano.

Contraste

Zapata vive, vive.
La lucha sigue, sigue.
Por contra, los gobernantes
forman un enorme cementerio
donde lo más limpio de la carroña
son los gusanos.

Sí se ve

El puño en alto
es el precio a pagar

para poder hablar sin avergonzarse
con nosotros mismos.

Che

Hay poemas que caben en una estrofa,
hay poemas que caben en un verso,
hay poemas que caben en una palabra,
hay poemas que caben en una sílaba.

VANITAS

Hay poetas
y fanáticos de poetas
y amantes de poetas
que murmuran,
piensan, insinúan
que cuando nace el poeta
hay un ligero temblor en las rosas,
la envidia se instala entre el pico,
las alas y la cola de las más elocuentes
criaturas del Señor,
toda la música del mundo se desafina un tanto,
los mares se arrojan
con todo y sus consonantes de espuma
contra las rocas.
Millones de palabras se sienten inseguras.

Pero en realidad
cuando nace el poeta
nada ocurre en el mundo
-con la excepción, tal vez, de una ruidosa indiferencia-
ni hay una inusitada conformación
de galaxias en el cielo
para darle la bienvenida.
Nace un hombre no más.
Un hombre que, mañana,
como el sastre, el carpintero
o el simio cariñoso con su cría.
se sentirá orgulloso de sus manos.
Y por favor que no se ande por ahí diciendo
que él, tras de gestarse en el vientre
de un milagro,
es mecido en la cuna
por las manos de los dioses.
tras de gestarse en el vientre
de un milagro,
ve la luz en un pesebre.

CÍRCULO DEL INFIERNO

Todo lo introducía bajo la almohada.
Su temor.
Las miradas ambiguas de Doña Margarita.
El juego de palabras
con el que se regodeaban
sus órganos internos.
Sus brazos convertidos en muñones.
Su coraje.
Su necesidad de.

Y se sumergía en el mullido pozo
con los ojos cerrados de tal manera
que al despertar había
errumbre en todas partes,
como si hubiera estallado de felicidad
la chimenea.

Al día siguiente
despreocupado
con la luz incrustada hasta sus huesos
erguía la cabeza,
sentía despeinadas las neuronas,
sacudía las sábanas
y todo el contenido de su sueño
se caía de la cama
con el mismo gesto
con que las cáscaras
se retiran, silenciosas,
para que las flores y los frutos
digan su parlamento.

Sus pies entonces
pisaban rechinidos,
canciones decimonónicas
y encontraban la esencia de la tarde
en un tema de hojas secas
con variaciones
de pájaros transidos de nostalgia,
gemidos de una herida callejera
y grillos que puntea el stacatto.

Pero otra vez venía la noche
y él tenía que dedicarse a colocar pacientemente
sus entrañas de nuevo
debajo de la almohada.

Y así, sin la misericordia del amén,
sin las caricias del sepulcro,
sin la mano de la muerte en los cabellos,
por los libros de los libros.

DE CADÁVERES Y OTROS OPTIMISMOS

El quehacer preferido de un gran poeta
es la autopsia.

Antes que nada, mide su campo de trabajo
-un pedazo de carne, anestesiada por la muerte,
que le hereda al horror
sus voluptuosas formas.

Tras ello, maneja, con indecible maestría,
la incisiva indiscreción del bisturí
y la muda violación del escalpelo.
Halla basura del más allá a la mitad del pecho.
Sílabas temblorosas debajo de la lengua.
Azoros ya olvidados a mitad de las pupilas.
Con el cadáver del corazón
fruncido, duro, encajonado
en el féretro perpetuo de lo inmóvil.

No sabe lo que busca
cuando tasajea el cuerpo de su semejante
y siente las heridas en sí mismo.
Pero escudriña, penetra, viola
los ojos, las piernas, el vientre.
Sangre no hay: en las venas sólo gotea
la nada. Más adelante encuentra,
en el caótico mundo de los entresijos,
el podrido gerundio del derrumbe.

El poeta trabaja, trabaja, a sabiendas
de que la poesía,
ave canora de la existencia,
es el puntual cronista
de la odisea del pulso,
de la vida y las obras de un ensueño,
de la apoteosis de un orgasmo.

Y nada mejor que celebrar la vida
y su cofre sin fondo de sorpresas
que atisbarla en su plenitud,
en los cumpleaños de la respiración,
en la carne y su vendimia de placeres,

desde la atalaya del irrefrenable
proceso de pudrición
de la carroña.

POEMA Y VIDA

Todo es nuevo, alma mía, bajo el sol
de lo efímero que, a mitad del cielo,
reparte a manos llenas
lo fugaz, el relámpago invisible
que irrumpe en las entrañas del presente,
del instante que, siendo, halla en sí mismo
el desmoronamiento de su ahora
y exhibe la endeblez
de todos los segundos
que, presos en el cofre de las cosas,
simulan ser de mármol
en medio de las ráfagas de tiempo.

Yo soy uno de tantos que no dudan
de que en el mismo río
-donde está chapoteando la mudanza-
no es posible bañar más de una vez
la ingenua reciedumbre de un deseo,
porque frente a las aguas (donde sólo
puede arrojar sus anclas lo mudable),
lo estático, rabioso, saca a flote
su hidrofobia de perro, convertido
en estatua tallada de ladridos.

Yo soy un militante
de las huestes de Heráclito,
feligrés del "ni modo",
creyente del "ponerle buena cara
al de st in o im pl ac ab le",
prosélito del "corazón resígnate
a contar con los dedos
el rosario de glóbulos que corren
a ser el alimento de las larvas
que hacen en el *amén* su madriguera".

Desolado, contemplo en estas uñas
de manos impotentes
el único decálogo
que la resignación tiene a los ojos,
en tanto lo fatal va recubriendo

todos los intersticios de la atmósfera.
No ignoro que los clavos, la madera
y el hedor de la nada
que carga el ataúd, son resultado
del sino irremediable,
irremediable, sí, porque no tengo
ni siquiera ya un brazo
para darlo a torcer.
Y entonces el destino
empuja a mi sandalia
a dar de pies a boca con el rictus
del rostro que se encara con la muerte,
del último minuto
que se debate en manos de la asfixia.

Mas en todos aquellos,
como yo, que en el árida montaña
de su mente no esconden
una sola reliquia de Dios Padre,
que hacen masacre de ángeles
a las horas del Ángelus
y que ven al incienso
sólo como una nube de impotencia
con la que juega el aire,
oh afán de pervivencia, continuas
haciendo de las tuyas,
como lo hacen visible estas estrofas,
ateridas de muerte
que apresadas al fin en letra impresa
son la pasión inútil
de acceder, lo confieso, a lo inmortal
por la puerta trasera.

INQUIRIR

Esos ojos que lagrimean fotones
y a los cuales se asoman
-con sed agobiante de transparencia
y un rebaño inextinguible de preguntas -
la atención,
la curiosidad,
el ¿quién vive?
Esos ojos, tus ojos,
terminan por empañar, ay, los cristales
de tu ventana,
poeta.

LA PREGUNTA

Cuando diviso al poeta en la ventana
me pregunto:

¿de dónde brota la poesía?

¿de las flores que chisporrotean metáforas?

¿del tronar de de dos de una mano
encinta de milagros?

¿del herrero armonioso

que resana con números el mundo
contrahecho?

¿de mendrugos divinos regados para el hambre
en todas partes?

No lo sé.

No lo sé. Pero pregunto:

¿Quién da cuerda a las cajas de música
de los grillos?

¿Quién confecciona los pentagramas
del riachuelo al llegar a la cascada?

¿Quién golpetea el atril con la batuta
para que el coro de los vientos
inicie su clamor?

Mi frente se reafirma como página en blanco.

Preguntó una vez y otra y otra,
mientras vislumbro que la partitura
del más elocuente de los silencios
se acomoda en el lugar exacto
de la respuesta.

LA MANO CON QUE ESCRIBO

NACE EL POETA

La espada de fuego le impide volver hacia atrás.
A sus espaldas queda, deshabitado,
el edén sangriento.
Se independiza,
deja de confundirse con su madre.
Es un poeta acurrucado
en su propio nacimiento.
Camina con sus respiraciones.
Sus pies son un adorno de perlas sedentarias.
Abre los ojos.
Suspira.
Consonante su chillido
con el aullido del lobo.
Todo está ahí.
Sólo falta que empiece a hacer
sus primeras metáforas
sobre los pechos maternos.

CUNA

Son las manos.
Las descubre. Las manosea.
Con cada una, está dispuesta a aferrarse
al primer dedo de adulto
que se acerque.
Las dos, juegan a las vencidas con el aire.
Pero, mientras la izquierda se halla dedicada
a estrenar su torpeza,
la derecha, quietecita,
se adormece en el ademán
de asir la pluma.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Imagina pasiones tempestuosas
y heridas que sangran
perpetuamente -sin vislumbrar el "ya basta"
de la coagulación.

La fatalidad lo acosa,
lo empequeñece, y hace de él
molesta piedra en el camino de los dioses.
¿Cómo puede lograr consuelo un poeta
que ocupa el primer lugar
en la lista negra del destino?
Su corazón enloquece,
produce latidos en cursiva,
y levanta, sobre pilotes de aire,
el castillo de arena de su libro inicial.

Su mundo es de ficciones:
sentimientos a todo volumen
que ocurren solamente
en su frasco de tinta;
tormentas, desolaciones, Apocalipsis,
inscritos al interior de sus párpados.

¿De dónde, entonces, la frescura de su canto
si la mentira, la alucinación,
el sueño reencarnado en la vigilia,
son el mundo lírico en que este poeta
se mueve?

¿La respuesta será la de que él sabe
aquello que ha olvidado o ha perdido
el ya viejo poeta: seducir a su musa,
desnudarla con la más delicada de las violencias,
barnizar con brochazos de semen
sus órganos internos,
acariciar las partes carnales de su mitología?

PALABRAS

El poeta niño,
tras de descender del árbol materno
y de olfatear el sin fin de caminos
que el tiempo esboza,
emprendió a gatas
su primera odisea,
se irguió a dos pies,
supo que cualquier manzana estaba al
alcance de sus manos,
a un diente de su atrevimiento,
y descubrió las palabras.

No supo de dónde surgían
o qué demiurgo las enredaba en sus suspiros;
pero había algo evidente:
cada cosa decía en voz baja su nombre.

Yo soy una piedra, murmuraba el guijarro.
Yo me llamo viento, decía el vendaval.
Yo soy el silencio, decía, desdiciéndose,
el silencio.

El poeta se llevó un puñado de palabras a la boca.
Y estuvo durante algunos meses
sin tragarse el bocado.
Después las paladeó individualmente.
Unas le parecieron dulces
y bajo la cúpula del paladar
las dejó desvalidas
frente a la pasión irrefrenable de la lengua.
Mas el vocablo *siempre* se deshace
como cualquier golosina
en la cavidad bucal.
La palabra ternura
después de recorrer toda una galería de amores turbios
empezó a empalagarlo.
Otras le supieron amargas
como venidas de una madriguera de venenos.
La palabra muerte lo invadió de tal modo
y le produjo tan mal sabor de boca

que ya no pudo, en adelante,
saborear su propia lengua.

UN POETA LE ROBA UN BESO A LA NOVIA DE OTRO POETA

Cuando *x*, influyente poeta,
supo lo que le hizo
el poeta *y* a su novia,
lo retó a un duelo.
Y confió en que la buena puntería
mantuviera con Némesis buenas relaciones.
Apolo Musageta y su corte de musas
bajaron del parnaso
para preparar el encuentro.

Sitio: Bosque de Chapultepec.
Hora: al canto del gallo en punto.
Armas: el florete de un endecasílabo
o la pistola de un verso heterotónico.
Duelo: a primera sangre o a primera cobardía.

La lucha, el entrechocar de versos,
eliminó al culpable:
hoy por hoy *y* descansa en brazos del olvido
y no existe la menor posibilidad
de que alguno de sus versos
se salve del insaciable apetito
de la guadaña.

Ayer, el problema principal entre los poetas
eran las envidias, los codazos,
la tristeza por el poema ajeno,
el "a ver quién llega antes que nadie
al aplauso de los dioses"
o "hay que correr, la carrera de obstáculos
-que unos a otros nos ponemos-
tendrá como premio la existencia".

Hoy a este problema se añade el de que los poetas
se cuidan muy bien de robarles
besos a las novias de los otros poetas.
Prefieren robarles las bocas
para tener los besos
o robarles el cuerpo para
tener las bocas,

aunque esto agrava,
como es obvio,
las relaciones interpersonales
de los bardos del país.

Aclaración obligada:
escribo toda esta letanía
de sinsentidos
para decirte,
mujer de mi amigo poeta,
que no vayas a poner tu boca
al alcance de mi audacia
-te lo dice este profesional
de tentaciones-

no vaya a ser que tu novio
-ese hombre mafioso, influyente,
de los que deciden quién es quién
en la rotonda de los empeños ilustres-
descubra la mancha de mi impulso
en la tersura de tus labios,
y entonces me transforme,
vía el ninguneo,
en hombre invisible,
bloquee la buena relación
que existe entre mi pulso y el oxígeno
y me impida tener, por los siglos de los siglos,
el más mínimo predio
en toda futura antología
de poetas mexicanos.

INDICE

| | PAG |
|----------------------------------|------------|
| PAOS EN FALSO | 2 |
| ARCON DE TESOROS | 12 |
| LA MUSICA Y LOS FETHICHES | 26 |
| LAS FLORES DEL DEMIURGO | 40 |
| LA MANO CON QUE ESCRIBO | 55 |